La conversación infinita

«...el que pretende decir siempre la última palabra, cuando la conversación no tiene fin, corre el riesgo de quedarse callado».
Última Tule

La imagen de los veintiún tomos de las *Obras Completas* de Alfonso Reyes, prolijamente alineados en los estantes de las bibliotecas y cierta aura virginal que los trasciende, provocan reacciones contradictorias, y es a partir de ellas que quiero iniciar estas reflexiones.

El mero rastreo de los títulos (a veces engañosos), y la multiplicidad de asuntos a los que se refieren, remiten al despliegue de una escritura signada por la acumulación y en cierta medida también por la monumentalidad. Si se atiende a la corrosión que sufrieron el bronce de las estatuas y los discursos congelados en los años sesenta, el momento de la cultura latinoamericana inmediatamente posterior a la muerte de Reyes, y si retomamos el título por lo menos equívoco de «polígrafo» que antecede a su nombre, cierta imagen construida desde la veneración, se refuerza. «El polígrafo mexicano Alfonso Reyes», así enunciado, crea una molestia porque alude precisamente a una abundancia de la escritura, casi a una hiperinflación de temas y problemas, de materias y asuntos.

La incomodidad tiene que ver en rigor, con la contradicción aparente que plantea respecto de una cultura que arduamente está transitando el camino de la especialización. Y éste es uno de los puntos de inflexión en la propuesta de acercamiento. Si hoy podemos pensar con mayores matices en la situación del intelectual en América Latina y en la posibilidad de la especialización, es porque también en gran medida partimos de la tradición acumulada en las agudas elaboraciones de hombres como Reyes o Henríquez Ureña. A esto se suman los intentos de definición de un mundo tan complejo, que hubo de poner en circulación y en discusión una vasta diversidad de ideas, imágenes y conceptos entre los que la definición del propio nombre del objeto de análisis: América, América Hispánica, Iberoamérica, Latinoamérica, se carga de matices y connota. De allí que el diálogo sobre el redescubrimiento de América parezca no tener fin y que una parte de esas *Obras Completas* constituya hoy una base del edificio que Reyes conscientemente se propuso construir. En sus palabras: «Cada uno debe acarrear su piedra para la futura catedral»[1].

Los problemas que acechan a todo americano que escribe sobre América (según una incitación de Martín S. Stabb[2]), son los mismos que atraviesan al que pretende escri-

[1] *Alfonso Reyes:* La constelación americana. Conversaciones de tres amigos. Buenos Aires: 23 de octubre a 19 de noviembre de 1936, *México, Archivo de Alfonso Reyes, Serie D, núm. 3, 1950, p. 16.*

[2] *Cfr. Martín S. Stabb:* América Latina en busca de su identidad, *Caracas, Monte Ávila, 1969.*

bir su autobiografía. En ambos casos se trata de construir una imagen y de reconocerse en ella, con la ambición desmesurada quizá, de que ésa sea la verdadera imagen. En uno y otro caso, la experiencia de escritura pasa por el propio cuerpo. Sigue siendo válida la reflexión hecha por Reyes en 1950: «Hoy por hoy, para entender la realidad americana hay que practicarla, hay que vivirla, hay que padecerla»[3].

En las primeras décadas del siglo XX, un eje estructurante de esa práctica pasa por la redefinición de lo americano, redefinición que se realiza decisivamente en el desorden de los campos de batalla de la revolución mexicana, en las aulas revolucionarizadas por la Reforma Universitaria, en la organización obrera, la lucha de calles, la tribuna política, la cátedra, las asociaciones científicas y literarias, como el Ateneo de México, y la multiplicación de revistas que se constituyen en «antologías cruciales» (Reyes), el cañamazo sobre el que se va tejiendo a nivel continental, la polémica que no termina. La relación entre nacionalismo e internacionalismo reactualiza, en otro nivel, los conflictos que el modernismo había planteado al fin de siglo, con la emergencia saludablemente insolente de las vanguardias que participan activamente en estas polémicas al tiempo que proponen dar «nuevo sentido para las palabras de la tribu»[4].

Si de nombrar se trata, la actitud de Alfonso Reyes cuando elige el nombre de «jitanjánfora» para el juego de palabras en el que prevalecen el sinsentido, la fantasía y el placer que deriva de la pura combinación de sonidos, es destacable. En el artículo de 1929 titulado «Las jitanjáforas», se remite al origen, al desencadenante de la reflexión crítica: un poema del cubano Mariano Brull compuesto para las niñas de la casa:

Filiflama alabe cundre
ala alalúnea alífera
alveolea jitanjáfora
liris salumba salífera

Y señala en una gesto francamente vanguardista: «Un poco de jitanjáfora no nos viene mal para devolver a la palabra sus captaciones alógicas y hasta su valor puramente acústico, todo lo cual estamos perdiendo, como quien pierde la sensación fluida del agua tras mucho pisar en bloque de hielo»[5].

En el juego de ingenio casi doméstico que el poeta practica, el oído atento de Alfonso Reyes recupera el gesto creador que supone el nombrar. En un procedimiento característico de su modo de indagación del mundo literario y cultural, se remonta a Tirso de Molina pasando por los más variados ejemplos del disparate en la literatura universal culta y popular, sin desdeñar las coplas del truco que según él, Borges había pensado recoger. En ese movimiento que parte de la incitación breve y casi fugaz, desenvuelve la imaginación alimentada por la erudición y por esa «fina oreja» que él atribuye a Darío y que es también la suya. En ese artículo se despliega un modelo de pensar e imaginar lo literario: relaciona lo privado con lo público, la frivolidad aparente con la hondura, lo actual y lo lejano. Rompe la falsa situación de servidumbre de la crítica

[3] *Alfonso Reyes:* La constelación americana, *cit., p. 16.*

[4] *Mallarmé, cit. por Alfonso Reyes: «Las jitanjáforas», en* Obras Completas, *vol. XIV, Fondo de Cultura Económica, México, 1962, p. 224.*

[5] *«Las jitanjáforas», cit., p. 198.*

respecto de la poesía y constituye desde la erudición chispeante una síntesis fecundadora en la que la poesía y la crítica se realizan como dos órdenes de creación y desde la experiencia americana. También reconoce sus propios límites. Recuerda al salvadoreño Toño Salazar recitando en París los juegos lingüísticos del colombiano Barba-Jacob y allí supone un punto de partida para el intento de Mariano Brull; luego, al retomar la reflexión sobre los dibujos de Toño Salazar reconoce: «Sobre el arte de la caricatura seria —lo que son, para el dibujo, los retratos de Toño Salazar— nos está faltando una doctrina»[6].

Esa indagación se inscribe en una tradición característica de los más fecundos intelectuales de nuestro continente, la de quienes no se limitan meramente a ser *intelectuales-eco,* y desde allí realizan también un deslinde. Si percibimos esa tradición como un proceso contradictorio, con avances, retrocesos y límites, advertimos que a veces parece desaparecer de la superficie como cuando la arena se traga los hilos de agua que después reaparecen con caudal engrosado en otra parte. Así, en los años sesenta a que hacía referencia al comienzo, algunos escritores pudieron teorizar acerca de la literatura latinoamericana como asentada en un vacío. Creo que ese gesto subyace de algún modo en un artículo de Guillermo Cabrera Infante dedicado a las «Formas de poesía popular»[7], que instala la incomunicación, desconoce una memoria colectiva americana urdida en textos como el que estamos viendo.

De modo contrario, en el entramado de un texto tan desaforadamente imaginativo como *El mundo alucinante* (1969), de Reinaldo Arenas, encuentro la incitación de Reyes que cuando escribe la biografía de su doblemente coterráneo, Fray Servando, lo imagina como un pájaro cautivo en las salas del palacio presidencial de México. Los ecos de esa metáfora se amplifican en la novela de Arenas en un juego distorsionante cuyo disparador parece leerse en «Fray Servando Teresa de Mier», uno de los *Retratos reales e imaginarios* de 1920. Del mismo modo, la *Visión de Anáhuac* (1915), parece estar alimentando en la novela, el espectáculo milagroso y edénico de los jardines, las calles y las plazas de la maravillosa ciudad de Moctezuma creada por la nostalgia de Reyes.

Si la escritura de América compone una autobiografía, cuando Reyes escribe sus recuerdos (*Albores,* 1960), aporta otra tradición que revierte sobre la idea de América: la del desgarro, el descoyuntamiento del intelectual. La curiosa pesadilla relatada en *Albores* podría haber sido también una de las que acosan al fraile mexicano.

> Me vi en Monterrey, en un corredor de la casa Degollado. Era de noche. Estaban conmigo mi madre y mis hermanos. Comencé a dar saltos, cada vez mayores. Al fin, pegué con la cabeza en las vigas del techo, aunque despedazándome el cráneo y sirviéndome la espina dorsal como taladro. Mi madre y mis hermanos daban verdaderos alaridos y se retorcían de angustia. Y yo, sintiendo la aguda alegría de dar miedo y de ser horrible, seguía saltando. Cada vez que traspasaba el techo, veía la noche llena de estrellas.

En ese mismo punto del relato autobiográfico reproduce un juego infantil. Sus hermanos jugaban a que «Alfonso estaba pensando mucho». Cuenta Reyes:[8]

[6] Op. cit., *p. 199.*

[7] *Guillermo Cabrera Infante: «Formas de poesía popular», en su* O, *Barcelona, Seix Barral, 1975.*

[8] *Ambas citas en Alicia Reyes:* Genio y figura de Alfonso Reyes, *Buenos Aires, Eudeba, 1977.*

Yo, al principio, me resistía; eso de pensar me parecía repugnante (¿si tendría yo razón?) y se me figuraba algo parecido a sudar.

La comprobación de que el trabajo intelectual encarado como oficio, profesión y medio de vida conlleva sudor, se constituyó también para Reyes en experiencia vital. Por eso, ya superados los años difíciles de España en los que según un amigo suyo, vivir de la pluma era «como ganarse la vida levantando sillas con los dientes», pudo reflexionar sobre la condición del intelectual en América Latina, tema sobre el que volvió una y otra vez. En 1941 dijo en la inauguración de un programa de Literatura Hispanoamericana:[9]

Nuestra organización social deficiente obliga al literato a ser, ante todo, un hombre como los demas, en lucha con los contratiempos, y sólo escritor a ratos perdidos. No hay alojamiento reservado para él; vive a la intemperie, sin poder especializarse del todo. Y si nuestra cultura ha logrado, no sólo sobrenadar, sino adelantar visiblemente por entre vicisitudes semejantes, el resultado de la prueba por la negativa es tanto más honroso, y el conocimiento y estudio de esta magna experiencia tampoco aquí podría ser indiferente a la integración de la cultura.

En este recorte arbitrario pero no azaroso de la obra de Reyes me interesa aludir apenas, en otro nivel, a tres aspectos ya mencionados. El primero es que la matriz de lo autobiográfico está tanto en lo que se dice como en lo que se calla. En el silencio también se sigue hablando, en su caso, de las zonas de tensión y ruptura que atraviesan a quien, hijo del general Bernardo Reyes, tuvo que hacerse con la escritura su propio nombre en el contexto del México revolucionario. El segundo vuelve al artículo «Las jitanjáforas» para destacar otro itinerario. Aparece en Buenos Aires en la revista *Libra* en 1929, al año siguiente en la *Revista de Avance* de La Habana y en el mismo 1930 vuelve sobre él en Río de Janeiro. Me parece ejemplificador de esa condición de «americanería andante» como él mismo la llamó y que por tantas razones (las más de las veces no deseadas), llevó y sigue llevando a hombres y libros de unas a otras tierras en un recorrido complejo, que porque reconoce las fronteras nacionales también puede proponerse como internacional. El tercero alude a la apuesta colocada en la posibilidad de ser un intelectual creador, un *nombrador*, o por el contrario, un *intelectual-eco*, problema que continúa vigente entre nosotros. Reyes una vez más muestra su sensibilidad en este sentido, por eso en «Posición de América»[10] de 1942, puede dar cuenta del término «transculturación» creado por el maestro cubano Fernando Ortiz en 1940, para proyectarlo a la complejidad de las relaciones entre América y Europa en los años de la guerra civil española, previos a la segunda guerra mundial.

Este debate, uno de los motivos centrales de reflexión de la época fue puesto a prueba en ocasión de la reunión realizada en Buenos Aires en 1936, por el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual. Allí se condensan los puntos de encuentro y desencuentro entre los intelectuales europeos y latinoamericanos, un «diálogo de sordos» como lo define Noël Salomon[11]. La ponencia de Reyes, entonces embajador de Mé-

[9] *Alfonso Reyes: «Valor de la literatura hispanoamericana», en* Obras Completas, *vol. XI, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 130.*

[10] *Alfonso Reyes: «Posición de América», en* Obras Completas, *cit., vol. XI, p. 256.*

[11] *Noël Salomon: «Cosmopolitismo e internacionalismo (desde 1880 hasta 1940)», en Leopoldo Zea (coord.):* América Latina en sus ideas, *México-Siglo XXI, París-UNESCO, 1986.*

xico en Argentina, «Notas sobre la inteligencia americana» (publicada inmediatamente en *Sur*[12]), intenta definir «el matiz de América». Sostiene la convicción (fecunda, a la luz de propuestas recientes sobre el modo de pensar una periodización de la historia literaria latinoamericana[13]), de que América tiene un ritmo, un tiempo propio, producto de su desarrollo histórico y social. Reconoce al mestizaje como engendrador de una humanidad americana peculiar, y señala que el espíritu americano se caracteriza por ser menos especializado que el europeo, «porque nuestra estructuración social así lo requiere». En vez de lamentar esta condición, Reyes la coloca en el desafío que la época significa y señala[14]:

> La inteligencia americana está más avezada al aire de la calle; entre nosotros no hay, no puede haber torres de marfil. Esta nueva disyuntiva de ventajas y desventajas admite también una síntesis, un equilibrio que se resuelve en una peculiar manera de entender el trabajo intelectual como servicio público y como deber civilizador.

Los escritores europeos presentes no pudieron entender esa idea de la síntesis, lo que se explica mejor si recurrimos a las discusiones que casi paralelamente se estaban desarrollando en el XIV Congreso Internacional de los P.E.N. Clubs (5-15 de septiembre de 1936). En ellas Georges Duhamel fue vocero de la tesis contraria a aceptar que el escritor pudiera tener una función social, escudándose precisamente en la especialización, la soledad y la pureza, sublimes características del intelectual. En rigor, sería esquemático decir que en torno a este eje se alinearon a un lado europeos solamente, y al otro, latinoamericanos solamente. Hubo matices y cruces de gran interés que serán motivo de un posterior análisis.

Si bien la discusión quedó trabada en este punto, Reyes, Henríquez Ureña y Francisco Romero no la consideraron cerrada y continuaron reuniéndose durante octubre y noviembre para seguir pensando estas cuestiones entre las que no era de menor importancia la reflexión de Reyes en el sentido de que en el orden de la acción, el intelectual descubría la presencia del orden de la transacción. En cualquiera de sus dos acepciones, la de transigir o la de llegar a un acuerdo o trato, se puede entender también su conclusión: «en esto hay sufrimiento».

Hacia 1950, alejado en el tiempo y en el espacio, Reyes intenta recuperar algunos de los puntos de la conversación entre los tres amigos durante el verano porteño. Uno de ellos se refería al carácter y la extensión del matiz diferencial de lo americano. Una conclusión provisoria consistió en generalizar el espectro de matices que presenta América en una gradación cuyos polos pudieran ser México y la Argentina, en el sentido de que lo americano que no está en México está en la Argentina, y viceversa. Y en este camino entre unidad y diversidad, entre lo común y la diferencia, se produjo el descubrimiento de que el trópico también está en Buenos Aires. Si bien deberíamos ahondar en qué entendemos por el «trópico» y el «tropicalismo», podemos reconocer la inmediata resistencia a aceptarlo. Esa resistencia viene de lejos; Reyes burlonamente la ejem-

[12] Sur, *Buenos Aires, año VI, septiembre de 1936.*

[13] *Ana Pizarro (coord.):* La literatura latinoamericana como proceso, *Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985.*

[14] *Alfonso Reyes: «Notas sobre la inteligencia americana», en* Obras Completas, *cit., vol. XI, pp. 82-90.*

plifica con la protesta del diario *La Nación* contra una disposición municipal que proporcionaba durante los meses de verano a los barrenderos de Buenos Aires sombreros de paja, porque eso le daba a la ciudad una fisonomía «tropical». La broma trasciende lo anecdótico, supone dentro del tema más vasto del encuentro entre lo nacional y lo latinoamericano, el rechazo de una parte de la sociedad argentina a asumir lo que podríamos llamar su latinoamericanidad. Reactualiza un fantasma que todavía recorre la cultura argentina, y uno de cuyos máximos exponentes quizás haya sido Héctor A. Murena en *El pecado original de América:* la idea de que somos criaturas desarraigadas de un paraíso terrenal, Europa. La fuerza de esta idea y la prepotencia de la historia, nos incitan a recuperar y a repensar los textos de Alfonso Reyes en esa zona de cruce, de «transacción», de infelicidad que resignifica su dimensión americana.

Celina Manzoni